

### 3 **Codificación multimodal de la causalidad desde la tipología semántica**

**Índice** 3.1 Codificación multimodal de la causalidad. – 3.2 Codificación oral de la causatividad. – 3.2.1 Tipología de construcciones y estrategias causativas orales. – 3.2.2 Causatividad lingüística: ¿un continuum semántico universal? – 3.2.3 Codificación oral de la causalidad a través de las lenguas: el caso particular del agente intencionado y del agente accidental. – 3.3 Codificación gestual de la causatividad. – 3.3.1 Tipología lingüística en la codificación gestual-oral de eventos de movimiento. – 3.3.2 Punto de vista en la codificación gestual: la (in)transitividad de los eventos de movimiento causado.

#### **3.1 Codificación multimodal de la causalidad**

La multimodalidad es la única manera posible de entender la naturaleza de la capacidad del lenguaje como medio de comunicación humano. En esta línea, investigaciones no solo teóricas sino también empíricas han mostrado cómo la oralidad y la gestualidad son mecanismos de expresión cruciales para la expresión, la comprensión y la conceptualización lingüística y cognitiva del mundo (Kelly, Özyürek, Maris 2010; Kita, Özyürek 2003; Özçalışkan, Emerson 2016; Özçalışkan et al. 2016; Chan, Kelly 2021; Özyürek 2021).

Por consiguiente, en este capítulo, se presentan tanto las estructuras orales que codifican el concepto semántico de la causalidad a través de los mecanismos causativos que las lenguas, en general,

ofrecen en sus inventarios léxicos y gramaticales, como las estrategias gestuales que los hablantes tienen a su disposición para representar discursivamente estos eventos. Aunque la explicación y la ejemplificación de los estudios orales y gestuales se presenta por separado (en el apartado 3.2 y 3.3, respectivamente), no se considera que sean dos estrategias discursivas independientes la una de la otra. Al contrario, siguiendo la teoría de la Hipótesis de la Interfaz de Kita, Özyürek (2003), se piensa que ambas estrategias de comunicación forman parte de la misma interfaz de procesamiento, comprensión y, por ende, comunicación. No obstante, hasta décadas recientes, los estudios las han analizado por separado, y han sido pocos los trabajos que han tratado la causalidad desde una perspectiva multimodal. Por esta razón, sin perder de vista la necesidad recíproca e indisoluble que ambas estrategias lingüísticas mantienen entre sí, se prefiere introducir y comentar de manera independiente estos dos ámbitos, para así también reflejar de manera transparente cómo los estudios han tratado ambas modalidades.

### **3.2 Codificación oral de la causatividad**

La codificación gramatical de la causalidad a través del lenguaje ha sido una de las cuestiones más estudiadas desde la lingüística tipológica (Comrie 1976; 1981; 1989; Jackendoff 1990; Kozinsky, Polinsky 1993; Nedyalkov, Silnitsky 1973; Shibatani 1976; 2002; Song 1996; 2001, entre otros). En concreto, dos han sido los ámbitos lingüísticos en los que se ha analizado la causalidad con mayor consistencia: los verbos y su capacidad de contener en su estructura conceptual (Jackendoff 1990) la predicación oracional causativa, lo que algunos llaman causalidad implícita, y los conectores (o partículas conectivas como *y*, *porque*) en tanto que instrucciones de procesamiento discursivo (Portolés 1998; Zunino, Abusmra, Raiter 2016). Para ello, en el apartado 3.2.1, se establece la tipología de construcciones y estrategias causativas que las lenguas del mundo tienen a su disposición para describir esta relación. En el apartado 3.2.2 se explican las diferentes estrategias lingüísticas de las que se sirven las lenguas para codificar los diferentes tipos de eventos causales. Y, finalmente, en el apartado 3.2.3 se muestra cómo oralmente las lenguas difieren entre sí en la manera en la que conceptualizan el agente intencionado y accidental.

#### **3.2.1 Tipología de construcciones y estrategias causativas orales**

El objetivo fundamental de las investigaciones tipológicas centradas en la codificación de esta relación ha sido analizar la causalidad para conocer cómo se expresa y representa a través de la predicación

oracional de las lenguas del mundo (Comrie 1989; Dixon 2000; Jackendoff 1990; Talmy 1976; 2000). Por este motivo, estos trabajos presentan la tipología, sobre todo, sintáctica y formal de la causación lingüística partiendo de observaciones sobre la distribución de las propiedades morfosintácticas de las construcciones causales de manera general y universal.

Con este particular objetivo descriptivo, la metodología seguida por estos trabajos ha sido comparar las estructuras o construcciones lingüísticas de la causatividad a través de las lenguas del mundo. Por ejemplo, los estudios de Shibatani (1976; 2002) han comparado entre sí las estructuras causales orales de lenguas como el bantú, el hindi, el húngaro, el turco, el lahu, el chino mandarín, el tarasca, el cora, el olutec, el nahuatl, el sikuaní, el akawaio, el matses y el guaraní, entre otras. Más recientemente, y con el mismo propósito de comparar las propiedades discursivas y semánticas en torno a la causalidad de las lenguas del mundo, se desarrolló el proyecto *Causality Across Languages* (NSF BCS-1535846 y BCS-1644657), dirigido por el prof. Bohnemeyer, en el que se trabaja intertipológicamente con más de 50 lenguas del mundo.

En términos generales, los resultados de estas propuestas tipológicas han mostrado cómo la causalidad es un hecho que puede manifestarse a través de multitud y variados mecanismos estructurales y, sobre todo, a través de diferentes estructuras formales.<sup>1</sup>

A partir de estos estudios, se ha visto, por tanto, cómo cada lengua se sirve de diferentes medios compositivos para establecer la causatividad, destacando entre ellos: (i) procesos morfológicos, (ii) estructuras léxicas polisémicas, (iii) estructuras biclausales, (iv) pares léxicos antinómicos, (v) verbos ambitransitivos e incluso, (vi) alternancias fonéticas o de tono (Dixon 2000). Asumida toda esta pluralidad y heterogeneidad de mecanismos formales compositivos de la causatividad, autores como Comrie (1985; 1989) han organizado y estructurado en tres grandes grupos morfosintácticos las tres formas básicas en las que las lenguas, hasta el momento estudiadas, expresan las situaciones causales. Gracias a esta unificación de estrategias formales, se pueden establecer generalizaciones construccionales que tienen que ver con los elementos que componen la situación causativa, y, al mismo tiempo, con su caracterización semántica (p. ej., la relación entre causalidad y permisión, entre causación directa e indirecta, entre grado de control del causado y estructura causativa, etc...). A través de ellas, por tanto, se manifiesta la importancia que tienen tanto los factores formales y sintácticos como los aspectos semánticos a la hora de llevar a cabo estudios tipológicos globales.

<sup>1</sup> Para una revisión exhaustiva de estos mecanismos y estructuras, véase en inglés, Comrie 1976; Dixon 2000 y en español, Lavale-Ortiz 2007; 2013.

Así pues, a continuación, se expone y ejemplifica en qué consisten los tres tipos de construcciones<sup>2</sup> causativas establecidas por Comrie (1976), a saber: (i) la analítica, (ii) la léxica y (iii) la morfológica.

### 3.2.1.1 Causatividad analítica

La causatividad analítica, también denominada perifrástica o sintáctica (Kozinsky, Polinsky 1993; Radford 1988), es aquella en la que se codifican las nociones de causa y resultado en cláusulas diferentes. El verbo principal (también denominado matriz) expresa la noción de causa mientras que el verbo incrustado expresa el resultado particular (Haspelmath 2001). Típicamente el primer verbo que conforma la estructura suele significar ‘causar’, ‘hacer’, ‘dejar’, ‘dar’, y el segundo de ellos presenta la información semántica concreta de la acción causativa a desarrollar.

Ejemplos de esta estructura es posible encontrarlos en lenguas como el inglés, *make go* ‘hacer ir’, *let know* ‘permitir saber’ o el francés, *faire aller* ‘hacer ir’, *laisser aller* ‘dejar ir’. En español, la construcción causativa perifrástica más básica y productiva es hacer + infinitivo, como en hacer salir, hacer reír o hacer enfadar. Sin embargo, estas estructuras también son propias de otras lenguas, como en el ejemplo (1) del maya Yucateco (extraído de Bellingham et al. 2020, 94):

- (1) *Le=sìirkulo=o’ t-u=mèet-ah u=hóok-ol le=kwàadrado=o’.*  
 DEF=círculo=D2 PRV-A3=hacer-CMP(B3SG) A3=salir-INC DEF=cuadrado=D2  
 ‘El círculo hizo salir al cuadrado’

Con respecto a su comportamiento sintáctico, los especialistas siguen sin estar de acuerdo si este tipo de construcción es monoclausal, es decir, se debe analizar como un único núcleo oracional (hacer saltar) o biclausal (hacer por un lado y saltar por otro). Aquellos que opinan que se trata de una única estructura (Comrie 1976) dan argumentos a favor como la imposibilidad de introducir un sintagma nominal entre ambos verbos y la de unir un pronombre clítico al verbo sintácticamente más débil: \**Je ferai le jardinier planter les choux* que significa literalmente ‘Yo (le) haré al jardinero plantar las coles’. Sin embargo, muchos estudiosos han probado que estas dos condiciones no siempre se cumplen en otras lenguas, como el español, donde sí es posible intercalar elementos entre ambas piezas léxicas: *Yo haré al*

<sup>2</sup> Dada la multitud de posibilidades formales que todas las lenguas del mundo tienen para describir esta relación, se utiliza el término construcción causal para cualquier dispositivo expresivo que la codifique, independientemente de su complejidad tipológica o estructural.

*jardinero plantar las coles o yo le haré plantarlas* (Zubizarreta 1985). Por esta razón, la investigación actual aboga por un doble análisis sintáctico de estas construcciones dependiendo de la lengua que se estudie o del tipo de causación lingüística que se represente.

En cuanto al ámbito semántico, se ha señalado que la causativa analítica o perifrástica se caracteriza por expresar un tipo de causación lingüística determinada: la causación indirecta o directiva (véase apartado 2.2.2.2). En este sentido, se advierte que este tipo de estructuras representan un proceso en el que el impulso para la realización de la acción parte del primer agente, aunque el que la realiza realmente es el complemento de la construcción (Aranda Ortiz 1990, 174; Kimenyi 1980, 220-30; Talmy 2000, 426). En una oración como, por ejemplo, 'Juan hizo saltar a María', es Juan quien inicia la acción causal y quien voluntaria e intencionadamente instiga a María a realizar el resultado final. Sin embargo, es María quien realmente ejecuta el salto y quien, por tanto, desencadena la acción de saltar.

### 3.2.1.2 Causatividad léxica

La causatividad léxica es aquella en la que el contenido causativo (esto es, tanto la noción de causa como la de resultado) se localiza en el propio significado de la construcción conformada, en esta ocasión, por un único ítem léxico. Así pues, la construcción causativa se corresponde con una única palabra con capacidad para actuar como núcleo del predicado que posee un significado causativo (Lavale-Ortiz 2013). Este tipo de construcción con respecto a la causatividad morfológica (véase apartado 3.2.1.3) se diferencia fundamentalmente en que el término léxico no es transparente morfológicamente y parece no estar compuesto de un marcador afijal causal regular y productivo. Son verbos, por lo tanto, como *cause* o *kill* en inglés; *causar* o *matar* en español; o *causare* o *uccidere* en italiano.

Los estudios en torno a este tipo de mecanismo causativo establecen una subcategorización en dos tipos de estructuras: aquellas en las que el verbo posee propiamente significado causativo, y aquellas que poseen una contrapartida predicativa con la que forman un par lexicalizado y, por tanto, funcionan en oposición paradigmática.

Los primeros, los verbos propiamente causativos (Shibatani 1973, 282), se caracterizan por estar formados por un predicado que posee, a partir de su propia semántica léxica, significado causal (Wunderlich 1997, 57). En español la forma más prototípica y común de este subtipo construccional es el verbo *causar*, aunque es común la referencia a otros verbos como *provocar*, *originar*, *motivar* o *suscitar* (Lavale-Ortiz 2013). Así, en la oración *César causó la muerte de Ana*; el significado causativo es consustancial al verbo *causar*: puesto que es César, el agente animado, quien origina la acción que causa

y que tiene como consecuencia su objeto directo: la muerte de Ana. Semánticamente, la acción representada por esta construcción se podría interpretar, como señala Lavale-Ortiz (2013) en un ejemplo similar, de tres modos diferentes: (i) el sujeto César sería la causa o agente directo que llevó a cabo la acción por sus propios medios de forma voluntaria y consciente; (ii) César es un sujeto agente o causa indirecta, que mandó que alguien realizara la acción, pero no la llevó a cabo por sí mismo; y (iii) el sujeto es interpretable como una causa que, de forma completamente inconsciente e involuntaria, fue la responsable de que la acción se llevara a cabo. En este tipo de estructuras causativas se observa, por tanto, una indeterminación semántica que provoca una polisemia en la interpretación de la oración. Por este motivo, son estructuras causativas marcadamente ambiguas y que no reflejan un único tipo de tipología eventiva determinada.

El segundo tipo de estructuras causativas léxicas son las denominadas bajo la etiqueta de pares lexicalizados (también llamadas pares supletivos, cf. Comrie 1989, 240). Este tipo de construcción hace referencia a un conjunto de listas de verbos en oposición paradigmática, de forma que entre cada par del paradigma se halla el significado causativo frente al no causativo en dos significantes léxicos diferentes (Aranda Ortiz 1990; Comrie 1985; 1989; Lavale-Ortiz 2007; 2013, entre otros). El estudio de los pares lexicalizados ha recibido, sobre todo, mucha atención en la lengua inglesa, en el que el ejemplo prototípico suele ser entre el verbo *kill* 'matar' y el verbo *die* 'morir'. Comrie (1985, 331), a este respecto, afirma que mientras que *die* describe la acción resultativa, *kill* se encarga de indicar que un agente lleva a cabo esa acción subordinada que indica *die*. En este caso, la representación causativa se lleva a cabo a través de dos ítems léxicos diferentes en su forma, ya que *kill* no se parece morfológicamente a *die*. En el ámbito de la lengua inglesa también es habitual, como señala Lavale-Ortiz (2013, 178), considerar que entre estos dos pares de verbos se produce una oposición en el esquema sintáctico (de transitivo a intransitivo).

A este respecto, autores como Kastovsky (1973) explican que la elección de un elemento del par manifiesta cómo se está pensando el evento, por lo que las oraciones resultantes no son idénticas semánticamente. Por ejemplo, mientras que la oración *John died* 'Juan murió' describe el evento en sí mismo y cómo el sujeto lo sufre; otra como *Mary killed John* 'María mató a Juan' expresa que el sujeto, María, inicia la acción que ocasiona que Juan acabe muerto. La elección de un verbo u otro no es arbitraria, ya que cada uno de los elementos del par se especializa en una distinción semántica concreta y ninguno de los miembros podría utilizarse para expresar el significado del otro porque, semánticamente, daría lugar a una oración anómala: no podría decirse *Mary died John* 'María ha muerto a Juan'.

En el estudio de la lengua española, son realmente interesantes las anotaciones que realiza Aranda Ortiz (1990, 96-109), quien establece

una clasificación muy amplia de estos pares, incluyendo parejas léxicas como matar-morir, tirar-caer, dejar-quedar, quemar-arder, derribar-caer, etc. También es relevante, como sucedía con la lengua inglesa, que lo más frecuente es que «la relación se produzca entre un lexema verbal transitivo y otro intransitivo» (1990, 98), aunque, en español, también se pueden emparejar verbos transitivos, como dar-recibir, enseñar-aprender, diferenciados por la trivalencia del uno (tres participantes en la cadena causal) y la bivalencia del otro (dos participantes en la cadena causal).

Semánticamente, este tipo de estructuras léxicas pareadas, como matar y morir, suelen expresar causación directa o de contacto (Cruse 1972; Fodor 1970; Shibatani 1973; 1976; Wierzbicka 1975). De este modo, las opciones transitivas expresan estructuras causales en la que un agente y un paciente interactúan entre sí de forma inmediata. De manera que los dos eventos que forman la situación causativa mantienen una conexión directa (King 1988, 557). Por un lado, las opciones transitivas: *Juan tiró el vaso al suelo*. Y, por otro lado, su par intransitivo (*caer*), el cual establece una situación de causación directa descrita como un evento autónomo en *El vaso cayó al suelo*.

La causativa léxica, a diferencia de la causativa perifrástica o la morfológica, se caracteriza por presentar una formación morfológica irregular, así como poco productiva para la expresión de la causación. Dicho de otra forma, en este tipo de construcción causativa, la relación entre la expresión del efecto y la expresión de la macrosituación causativa no es sistemática (Comrie 1989, 240), como sí puede serlo, por ejemplo, un verbo causativo como *hacer* en las causativas perifrásticas, o un afijo con significado causativo como *-izar* en las morfológicas.

### 3.2.1.3 Causatividad morfológica

La causativa morfológica, al igual que la causativa analítica, estaría conformada por una única palabra. La diferencia con la causativa léxica se encuentra en que el contenido causativo no está incorporado semánticamente en el propio ítem. Al contrario, este significado se halla en un morfema que se ha incorporado o adjuntado al elemento lexemático. Por ejemplo, al término ‘moneda’, en español, se le añade un sufijo causativo *-izar* para formar el verbo: monetizar (‘hacer monedas[dinero]’) o al verbo *öl* (morir), en turco, puede añadirsele un afijo y convertirse en *öl-dür* (matar). Para Comrie (1989, 238-9), la característica básica del causativo morfológico es que se relaciona con el predicado no causativo por medios morfológicos, como puede ser la afijación. Así, este tipo de causativas se producen mediante procesos morfológicos tanto de derivación, en la que suele primar la sufijación, como de parasíntesis, donde se produce la adición conjunta de prefijos y sufijos (Dixon 2000, 33 ss.).

Lenguas del mundo como el japonés, el turco, el árabe, el sánscrito, el húngaro, el finlandés, el ruso o el swahili utilizan mucho este mecanismo morfosintáctico para formar estructuras causativas a partir de elementos no causativos (Ammon, Slobin 1979; Comrie 1981; Haspelmath 1993b; Shibatani 1973; Van Valin, Lapolla 1997). En español, existen también procesos morfológicos muy productivos que cumplen con esta tipología causativa, como el sufijo *-izar* (monetizar) o *-ecer* (palidecer).<sup>3</sup>

Desde el punto de vista semántico, la causativa morfológica, al igual que la léxica y a diferencia de la analítica, se ha caracterizado por expresar causación directa, asumiendo que mayoritariamente a través de estas causativas suelen describirse eventos causales intencionales y deliberados (Kimenyi 1980, 230).

### 3.2.2 Causatividad lingüística: ¿un continuum semántico universal?

En el apartado 3.2.1, se han enumerado y explicado, desde una perspectiva mayoritariamente formal, los tres mecanismos morfosintácticos que las lenguas tienen a su disposición para codificar la causalidad como concepto y categoría semántica. Sin embargo, como ya se anunciaba en el capítulo 2, aunque los hablantes cuentan con las mismas estrategias morfosintácticas para expresar la causalidad, no todos las utilizan de la misma manera ni describen con ellas los mismos eventos causativos. Por tanto, no se codifica ni presta la misma atención en las descripciones causales a los mismos componentes semánticos que conforman esta relación (y que han sido comentados en el apartado 2.2.1).

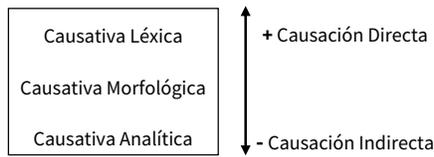
Dicho de otro modo, cada lengua se servirá de estas tres estrategias morfosintácticas (analítica, léxica y morfológica) para estructurar a su modo tanto los diferentes tipos de componentes causales definitorios (proto-causa, proto-efecto, transición, fuerza e intención) como los distintos tipos de causación lingüística (básica y compleja). A estas diferencias de codificación es a lo que denomina Slobin (1996) como estilo retórico de una lengua. Este estilo retórico hace referencia, por tanto, a las estructuras lingüísticas prototípicas que los hablantes utilizan cuando tienen que describir un tipo de concepto concreto. Esta recurrencia descriptiva particular de cada lengua podrá influir, siguiendo el postulado neorrelativista, en la manera que estos hablantes tengan de procesar cognitivamente estos eventos (véase capítulo 4).

<sup>3</sup> Para un estudio exhaustivo de estos procesos morfológicos causativos en español, véase Lavale-Ortiz 2013; Fábregas 2022.

Desde esta perspectiva y siendo conscientes de que las lenguas difieren en su manera de estructurar lingüísticamente la causalidad (Becerra 2009; Bernárdez 2001; Comrie 1985; Dixon 2000; Kopecka, Narasimhan 2012; Moreno Cabrera 1993; Nedyalkov, Silnistky 1973; Shibatani, Pardeshi 2002), los acercamientos tipológicos al estudio de las construcciones causativas han visto que la causatividad no es únicamente un fenómeno formal interesante. De esta manera, han manifestado que no solo es imprescindible tomar en cuenta los aspectos estructurales para buscar cuáles son las estrategias universales de codificación lingüística de la causatividad, sino relacionar estas estructuras con su conceptualización semántica manifestando así la vinculación existente entre ellas y dando lugar a una visión abarcadora de este tipo de construcciones (Bohnmeyer et al. 2007; 2010; Ibarretxe-Antuñano 2012; Lavale-Ortiz 2020; Slobin 1996; Slobin et al. 2014).

En este sentido, la propuesta tripartita ofrecida y reorganizada por Comrie (1989) ha sido interpretada no solo como un continuo morfosintáctico de construcciones causativas (analítica, léxica y morfológica), sino como un continuo semántico descriptivo de la causación lingüística. Por este motivo, en multitud de estudios tipológicos (véase Comrie 1981, 164-7; 1989, 171-4; Givón 1980; Shibatani, Pardeshi 2002), se han comparado semánticamente estos tres tipos de construcciones morfosintácticas para distinguir gracias a ellas dos tipos de causación, ya explicadas en el apartado 2.2.2.2, la causación directa (representada a través de la causatividad léxica y morfosintáctica) y la causación indirecta (representada a través de la causatividad analítica).

Teniendo en consideración esta relación forma y significado, se ha establecido una escala de vinculación estructural-semántica tal y como se representa en la siguiente figura, aparentemente universal, en la que se afirma que: cuanto más compacta estructuralmente es la expresión causativa, como es el caso de la construcción léxica, como *matar*, o la morfológica, como *monetizar*, más directa es la causación lingüística descrita [fig. 3.1]. Por el contrario, cuanto menos compacta es la expresión causal utilizada, como ocurre en la causativa analítica, en *hacer matar*, más complejidad semántica tiene el evento causal descrito y, por tanto, más probabilidad hay de que se esté representando una causación indirecta con más de un agente volitivo e intencional implicado (para una revisión similar de este *continuum* semántico en español, véase Lavale-Ortiz 2013).



**Figura 3.1** Escala de vinculación estructura-significado de la causalidad (adaptada de Lavale-Ortiz 2013, 198)

Así pues, y a partir de la escala representada [fig. 3.1], la causatividad léxica es la construcción que presenta una estructura más compacta, por lo que, siguiendo esta hipótesis de correlación escalar, su vinculación semántica también será la más fuerte; descubriendo el contenido causativo en una única palabra. Esto es, en un predicado como *matar*, el elemento léxico codifica en una única pieza predicativa tanto la causa como la consecuencia de la causación lingüística. De este modo, el evento causal, representado como un evento simple, suele ser directo, de contacto y, mayoritariamente, agentivo. Los predicados de causación morfológica se sitúan a medio camino en la escala. Aunque estos siguen codificando la causación lingüística a través de una única pieza léxica, esta ha sido configurada a partir de un proceso derivativo que puede fragmentarse. Por esta razón, predicados como *monetizar* en oraciones del tipo, *Mi primo monetiza en Youtube mucho dinero*, manifiestan una causación directiva, pero que no siempre tiene por qué haberse producido a través del contacto directo.

Finalmente, la causación analítica es la más alejada en este *continuum*, pues presenta una estructura morfosintáctica menos compacta que las anteriores. En este caso, la causa y el efecto se codifican en una estructura predicativa independiente (p. ej., *hacer reír*, *hacer cantar*, *hacer caer*) y, por tanto, semánticamente la acción descrita suele ser indirecta, inducida y mediatizada (Givón, Young 2002, 51). Por ejemplo, en el predicado, *mi primo hizo cantar a su hijo*, se establece un tipo de causación manipulativa, en la que el agente (mi primo) influye en otro agente para que este haga algo, y termine siendo su hijo el que volitivamente acepta ser el elemento causado (Maldonado, Nava 2002, 182-9).

Esta correlación forma y significado causativo directo o indirecto se ha justificado por varias razones lingüísticas; dos de las más seguidas y defendidas en la literatura especializada son la iconicidad lingüística de las construcciones (Lakoff, Johnson 1980) y la productividad de estas estrategias (Nedyalkov, Silnisky 1973; Shibatani, Pardeshi 2002). El primer criterio explicativo, el de la iconicidad lingüística, defiende que las construcciones no se construyen formalmente de manera arbitraria y que, por tanto, su mayor o menor complejidad estructural está relacionada correlativamente con la mayor o menor complejidad causal. Esto es, si la construcción causal está

estructurada en un único elemento predicativo, siguiendo el criterio de iconicidad, es debido a que esta simplicidad también la presenta el evento causal codificado a través de dicha estructura. El segundo criterio explicativo señala que su distinción estriba en la productividad de las estrategias compactas frente a las no compactas (Shibatani, Pardeshi 2002, 85; 111-15). Así pues, advierte que, si las estructuras son productivas, como las construcciones perifrásticas, entonces la información causal es indirecta, por ser también la más habitual. Si, por el contrario, son poco productivas, entonces las construcciones serán analíticas y, por tanto, directas; al tratarse de un tipo de causación más restrictivo.

Aunque son muchos los autores que mantienen esta distinción formal y semántica a través de las lenguas (Heringer 1976, 206-7; Jackendoff 1990, 150-1), la realidad es que hay muchas lenguas en las que esta vinculación no se reproduce exactamente. Por este motivo, muchos estudios teóricos y empíricos han mostrado que las lenguas pueden diferir en cuanto al grado de causalidad (in)directa que denotan los distintos puntos del continuo morfosintáctico establecido [fig. 3.1]. Por ejemplo, Verhagen, Kemmer (1977, 66-70) explican dos construcciones léxicas verbales en alemán que se emplean como construcciones causativas analíticas: la forma *doen* que expresa causación directa y *laten* que codifica causación indirecta. Esto mismo lo aplica Velázquez-Castillo (2002) en guaraní, advirtiendo que en esta lengua hay un afijo causativo que expresa causación directa (*mbo-*) y otro que generalmente expresa la causación indirecta (*-uka*). Incluso en lenguas como el español, se encuentran casos en los que este *continuum* semántico-morfosintáctico tampoco se cumple (Ariño-Bizarro 2023; Ariño-Bizarro, Ibarretxe-Antuñano forthcoming; Lavale-Ortiz 2013). Por ejemplo, si se afirma que *hoy Clara se ha cortado el pelo*, aunque se exprese a través de una construcción léxica como es *cortar*, no se está codificando una acción causal directa (en la que Clara es el agente volitivo), sino más bien una situación causal indirecta en la que Clara, como causado, habrá ido a que un agente externo (en este caso, un peluquero) le corte el pelo para conseguir el resultado final esperado (un cambio de look).

Por ende, aunque se haya insistido recurrentemente en la bibliografía que existe una correlación universal entre el carácter directo o indirecto de las construcciones causativas y las diversas estructuras lingüísticas que pueden utilizarse para codificar la causalidad; la gama y concreción de situaciones a las que puede referirse una estructura concreta puede variar entre las distintas lenguas (Kemmer, Verhagen 1994). Por este motivo, recientemente, se ha visto la necesidad de mostrar cuáles son estas diferencias de codificación específicas entre lenguas para comprender cómo los hablantes categorizan ciertas nociones de la causalidad (Muentener, Carey 2010; Poulin-Dubois, Lepage, Ferland 1996; Song, Wolff 2005; Wolff 2003).

### 3.2.3 Codificación oral de la causalidad a través de las lenguas: el caso particular del agente intencionado y del agente accidental

Aunque la capacidad cognitiva de discernir entre acciones intencionales y acciones accidentales es compartida por los hablantes desde la infancia (Bowerman, Choi 2003; Choi, Bowerman 1991; Saxe, Tzelnic, Carey 2007), no todas las lenguas expresan de la misma manera esta diferencia manifiesta en el grado de participación activa del agente en la acción causal a codificar (Hopper, Thompson 1980; Ikegami 1981; 1991; Okuno, Cameron-Faulkner, Theakston 2020). A este respecto, se ha mostrado que las lenguas difieren, particularmente, en dos aspectos descriptivos fundamentales en relación con este componente de la intencionalidad agentiva: el mayor o menor grado de transitividad sintáctica y semántica que presentan sus estructuras causales accidentales (Filipović 2010b; 2013a; 2018; Gibbons 2003; Hopper, Thompson 1980) y el mayor o menor énfasis que dan al agente cuando se describen estas acciones causales accidentales (Ikegami 1981; 1991; Muentener, Carey 2010; Poulin-Dubois, Lepage, Ferland 1996).

Para mostrar las diferencias que las lenguas presentan en este sentido y cómo esto influye tanto en el grado de transitividad sintáctica y semántica, como en la mayor o menor atención que dan al agente de estas construcciones accidentales, es necesario explicar, en primer lugar, cuál es la manera estructural prototípica que tienen las lenguas para manifestar esta distinción agente intencional versus agente accidental. Con este propósito, en el apartado 3.2.3.1, se describe el comportamiento sintáctico prototípico que ha servido interlingüísticamente para diferenciar la accidentalidad de la intencionalidad. Una vez expuesta esta codificación distintiva arquetípica, en el apartado 3.2.3.2, se comentan brevemente las diferencias tipológicas descriptivas entre las lenguas; para, posteriormente, relacionarlas con la manera de conceptualizar la causalidad, en general, y en español, en particular, en los apartados 4.4 y 5.2, respectivamente.

#### 3.2.3.1 La escala de transitividad semántica de Hopper, Thompson (1980)

La diferencia entre acción causal intencional y acción causal accidental ha sido una de las distinciones semánticas en torno a la causación lingüística más estudiada y debatida (Cruse 1973; DeLancey 1990; Dowty 1991; Jackendoff 2007; Langacker 2002; Van Valin, Wilkins 1996). Aunque lo que separa una acción de la otra es el alcance de la intención del sujeto (*scope of intention* para Talmy 2000), muchos son los matices que entran en juego a la hora de distinguir situaciones causales como las de (2):

- (2) a. *Juan ha tirado el jarrón al suelo.*  
 b. *Juan ha tirado el jarrón al suelo sin querer.*

La diferencia cognitiva entre ambas acciones ha sido explicada conceptualmente por Talmy (1976). Para este autor, en la acción agentiva, el sujeto orienta la secuencia de sus movimientos en dirección a la meta anhelada, o, dicho de otro modo, el evento mental de intención, con el que se inicia la acción, se prolonga a lo largo de la cadena, teniendo cada uno de los sucesivos subeventos bajo su alcance hasta el final. Esto es, en (2a), el agente quería que el jarrón (el afectado) acabara en el suelo y, no solo ha ejecutado su acción con esta intención, sino que su voluntad se ha cumplido hasta el final ya que ha tenido control sobre la acción todo el tiempo. Por contraste, el accidente implica que en algún momento el proceso se desvía, con la consecuencia de que el evento final ya no se halla dentro del ámbito de la intención originaria. En este sentido, en la oración de (2b), se interpreta que Juan no quería tirar el jarrón gracias a ese sin querer. De este modo, se intuye que, aunque ha actuado en ambas, no ha tenido control sobre la acción de (b) (debido, por ejemplo, a un tropiezo) ya que el resultado conseguido (la caída del jarrón) no era el esperado ni deseado por el agente. Por esta razón, a este tipo de causas animadas, Talmy (1976) las denomina autor en contraposición al término agente [tab. 2.1].

Esta distinción conceptual debida al alcance intencional de la causa animada es fundamental también a la hora de codificar las acciones causales, puesto que, dependiendo de cómo se establezca la descripción del evento, el agente animado descrito tenderá a ser considerado más o menos responsable por su acción agentiva (véase apartado 4.4 para una explicación más detallada de la relación entre agentividad y responsabilidad). Por este motivo, los estudios tipológicos se han centrado en investigar cómo, lingüísticamente, esta distinción semántica es descrita a través de las lenguas. Para ello, se han apoyado, fundamentalmente, en el mayor o menor grado de transitividad que manifiesta la construcción causal utilizada (Hopper, Thompson 1980). Sin embargo, para entender a qué se refieren los estudios con este concepto 'gradual' de transitividad, es necesario atender, primero, a la definición sintáctica del criterio transitivo, para después presentar la noción semántica que se ha utilizado para hablar del concepto 'grados de transitividad'.

El concepto de transitividad sintáctica no es gradual, sino dicotómico, y depende de la valencia verbal de las construcciones, esto es, del elemento gramatical que hace referencia al número y la disposición de los argumentos con los que un verbo necesita combinarse para dar lugar a un enunciado aceptable (Lord 1979, 83; Næss 2007, 123). Por este motivo, la construcción sintáctica transitiva es aquella

compuesta por, al menos, dos argumentos, teniendo que ser, uno de ellos, representativo de la valencia de objeto directo. Por ejemplo, en la construcción, *La chica rompió la ventana*; el verbo *romper* acoge, en su organización sintáctica, dos argumentos distintos: el sujeto (la chica) y el objeto directo (la ventana). Por el contrario, la construcción sintáctica intransitiva es aquella que, mayoritariamente, cuenta con un solo argumento, siendo imprescindible que este no sea un complemento directo. Por ejemplo, en la construcción, *la ventana se rompió*, el predicado *romperse* acoge en su disposición sintáctica un argumento identificado como el sujeto de la construcción (la ventana).

No obstante, la transitividad también ha sido entendida, tomando algunos aspectos de su definición sintáctica, como un conjunto de rasgos semánticos definitorios. Desde esta perspectiva funcional, ha sido tenida en cuenta en relación al agente y a las acciones causales intencionales y accidentales que aquí se comentan. Uno de los primeros trabajos en estudiarlo desde esta perspectiva fue el de Hopper y Thompson (1980), quienes consideraron que las cláusulas con un agente volitivo, como en (2a), presentan una transitividad más alta que las cláusulas de (2b), donde el agente actúa involuntariamente (véase también Haspelmath 1993a; Kittilä 2005; Næss 2007; Tsunoda 1985).

Así pues, en oposición a la transitividad sintáctica, que tiene un límite claro entre las construcciones transitivas e intransitivas, Hopper, Thompson (1980) propusieron que la transitividad semántica fuera entendida como un continuo medido por un número de componentes definitorios. Por esta razón, consideraron imprescindible redefinir, aislar y concretar las partes que componían esta noción que había pasado de ser dicotómica y únicamente sintáctica a incorporar aspectos semánticos como la volición o la agencia, entre otros.

De esta manera, Hopper y Thompson establecen que **la transitividad semántica** se estructura en diez parámetros, que deben ser interpretados gradualmente para calcular, a partir de ellos, el continuo transitivo de las expresiones causativas de las lenguas:

- A. **Número de participantes:** este criterio hace referencia a la participación de, al menos, dos entidades para que la acción, típicamente efectiva, tenga lugar y sea considerada transitiva. Además, a este respecto, los autores señalan que la actividad se lleva o transfiere de un agente (el primer elemento participante) a un paciente (el segundo elemento participante).
- B. **Kinesis:** este parámetro considera necesario que las acciones desarrolladas sean de transferencia (de un participante a otro), puesto que los estados no pueden dar lugar a eventos causales al uso. Es decir, oraciones como *I like Sally* 'Me gusta Sally' no son interpretadas de manera transitiva, puesto que estamos ante un verbo estativo que no transfiere una propiedad a otra entidad. Hecho que no ocurre en la oración

*I hugged Sally* 'Abracé a Sally', donde la oración ya no es un estado sino una transferencia activa de energía.

- C. **Aspecto:** este criterio aspectual considera más próxima a la transitividad cuando la acción es vista desde un punto final (tético), puesto que se transfiere de forma más efectiva al paciente, que cuando esta acción no tiene ese punto final explícito (atética). En otras palabras, describir la acción como *Juan rompió el jarrón porque no le gustaba* codifica una acción más transitiva, y, por tanto, más causativa que en *Juan llevaba el jarrón en la mano*. La diferencia fundamental entre ambas es que en la primera no solo se sabe la finalidad (no le gustaba el jarrón y por eso lo rompe) sino que es posible interpretar la acción de manera perfectiva (acabada) y no como un hecho que sigue sucediendo y del que no se deduce su punto final (aspecto imperfectivo).
- D. **Puntualidad:** las acciones que se producen sin ninguna fase de transición entre el comienzo y el fin tienen un efecto más directo en sus pacientes que las acciones que describen un proceso en curso. Esto viene a decir que la expresión lingüística es más transitiva cuando se presenta como una acción puntual y directa, como en predicados como *romper*, en oposición a predicados como *llevar*. Así mismo, también establece oposiciones oracionales como la que se encuentran en la alternancia *dormir/dormirse* en español. La primera, *Juan durmió* es compatible con la expresión *toda la noche*, mientras que la segunda, *Juan se durmió*, no lo es. Esto evidencia, siguiendo a estos autores, que la segunda es la que mayor grado de transitividad presenta y, por tanto, la que mayor grado de causatividad representa.
- E. **Volicionalidad:** el efecto en el paciente es más transitivo aparentemente cuando el primer elemento (el agente) se actúa de forma intencional y deliberada. Por esta razón, en las oraciones del ejemplo (2), se establece como más transitiva la primera (2a) que la segunda (2b).
- F. **Afirmación:** se considera que el parámetro afirmativo/negativo establece una distinción en la transitividad de la expresión. Las oraciones afirmativas se conceptualizan de manera más transitiva que las que no lo son. Por ejemplo, *Juan rompe el jarrón* es más transitiva que *Juan no rompe el jarrón*, puesto que en la última no se lleva a cabo la transferencia de energía ni el efecto resultante final.
- G. **Modo:** también supone una distinción evidente de los eventos codificados como reales (p. ej., en modo enunciativo) que los irreales (p. ej., en modo subjuntivo). Dicho de otro modo, las acciones que suceden y tienen lugar en el mundo real son más transitivas que aquellas que no suceden y no se corresponden

en él. Por ejemplo, la expresión *ayer rompí el jarrón* presenta un grado de transitividad mayor que lo que codifica la expresión *ojalá rompa el jarrón*. Esta última solo expresa un deseo, no una acción transitiva ya realizada.

- H. **Agencia:** los participantes con un alta grado de agentividad, esto es, de animacidad, son más proclives de ser individuos que efectúan una transferencia de acción transitiva que aquellos que asumen bajos niveles de agentividad. Este es el caso que diferencia una oración como *George me asustó* de una como *La pintura del salón me asustó*. La primera se establece como un evento causativo, y la segunda como un evento de afección psicológica.
- I. **Afectación del segundo elemento (paciente):** este criterio hace referencia al grado en el que una acción se transfiere a un paciente, y tiene que ver, por tanto, con si el paciente es afectado totalmente o no. Este continuo gradual se observa en ejemplos como: *el chico rompió en pedazos la taza*, en los que el objeto sufre un cambio de estado irreparable y total. En sentido opuesto, casos como *el chico tocó la taza* no implica una afectación directa sobre el objeto, tan solo una acción causal que implica un movimiento transitivo sin cambio de estado.
- J. **Individualización del primer y del segundo elemento:** este parámetro hace referencia a la distinción del paciente con respecto al agente y a la distinción de los elementos de su caracterización, puesto que la acción se traslada de forma más efectiva a un paciente individualizado que a uno que no lo es. Siguiendo a Hopper, Thompson (1980), cumple mejor con el parámetro de individualización un nombre propio, humano, animado, concreto, singular, contable y definido que un nombre común, inanimado, abstracto, plural, no contable y no referenciado.

Dependiendo de cuántos de estos parámetros se cumplan y en qué grado, la oración causativa será interpretada como más o menos transitiva. Por esta razón, los autores proponen una caracterización dividida en dos estadios transitivos: una transitividad alta (tercera columna [tab. 3.1]) y un grado de transitividad baja (cuarta columna [tab. 3.1]):

## 3 • Codificación multimodal de la causalidad desde la tipología semántica

**Tabla 3.1** Parámetros de transitividad semántica  
(adaptado de Hopper, Thompson 1980, 252)

Letra	Parámetro	Alta transitividad	Baja transitividad
<b>A</b>	<b>Participantes</b>	2 o más participantes (Agente y Paciente)	1 participante
<b>B</b>	<b>Kinesis</b>	Acción	No Acción (Estado)
<b>C</b>	<b>Aspecto</b>	Télico	Atélico
<b>D</b>	<b>Puntualidad</b>	Puntual	No puntual
<b>E</b>	<b>Volicionalidad</b>	Volicional	No volicional
<b>F</b>	<b>Afirmación</b>	Afirmativo	Negativo
<b>G</b>	<b>Modo</b>	Realista	Irrealista
<b>H</b>	<b>Agencia</b>	Alto grado de potencia animada	Bajo grado de potencia animada
<b>I</b>	<b>Afectación del paciente</b>	Afectación total	No afectación
<b>J</b>	<b>Individualización del paciente</b>	Un alto grado de individualización del paciente	No individualización del paciente

Así pues, como ejemplifican Hopper, Thompson (1980), la distinción manifiesta entre la oración *Jerry derribó a Sam* y *No hay estrellas en el cielo* se fundamenta en el número de parámetros que acoge positivamente cada una de ellas. Mientras que la primera expresión cumple con todos los parámetros del A al J, la segunda expresión cumple únicamente con el G (evento realista expresado en indicativo). Así pues, el primer evento es una acción, télica, puntual, y con alta afectación e individualización del objeto. Por su parte, la segunda acción tiene un valor bajo en cada uno de estos componentes; puesto que describe la acción con un único participante, un estado, además, atélico, no puntual, no volicional, negativo, sin alto grado de potencia animada y sin afectación del elemento paciente.

A partir de este continuo gradual de transitividad (Hopper, Thompson 1980; Thompson, Hopper 2001), se establece la definición del concepto de evento transitivo prototípico (segunda columna [tab. 3.1]), cuya caracterización se relaciona estrechamente con la causación lingüística prototípica (primera columna [tab. 3.1]). De modo evidente, por tanto, aquella causación agentiva, volitiva, directa y conformada por un agente animado y un paciente inanimado (p. ej., *Jerry derribó a Sam*), será mayoritariamente representada por un evento transitivo también prototípico. La razón que vincula a ambas nociones está fundamentada en que, respectivamente, las definiciones de sendos prototipos están interrelacionadas y compuestas por prácticamente los mismos elementos. Por esta razón, no es casual, como advierte Lavale-Ortiz (2013, 219), que las definiciones de causación prototípica y evento transitivo coincidan pese a haber

sido constituidas desde dos perspectivas teóricas distintas (véase [tab. 3.2] en la que se comparan ambas definiciones).

**Tabla 3.2** Definiciones de evento causado prototípico y de transitividad semántica prototípica

Causación prototípica	Evento transitivo prototípico
Una entidad humana agentiva provoca volicional y deliberadamente un cambio de estado (físico o de localización) en el paciente inanimado a través de la aplicación directa de fuerza física (contacto) sobre él; el agente es la fuente de energía, quiere, controla y se responsabiliza de su acción; el paciente es la meta de la energía transferida por el agente. Las dos entidades son determinadas. Esta causación prototípica se asocia y manifiesta a construcciones gramaticalmente simples que constituyen un único evento (Lakoff 1987).	Una entidad humana agentiva provoca volicional y deliberadamente un cambio en el objeto directo inanimado a través del contacto físico directo; el evento viene iniciado y controlado por el agente, que tiene la responsabilidad completa del mismo, y, como consecuencia de su acción, el paciente tiene un estado diferente del que poseía antes del evento. Los dos participantes están altamente individualizados, son distintos entre sí y mantienen una relación asimétrica. El evento se construye como simple, puntual, tiene un fuerte componente causativo, es télico, afirmativo y real (Croft 1991).

De este modo, se comprueba cómo la causación prototípica, considerada agentiva e intencional, tenderá a ser expresada a través de construcciones, por tanto, transitivas [tab. 3.2]. De manera opuesta, aquellos eventos causativos no agentivos y con menor grado de volición e intencionalidad serán expresados mayoritariamente a través de construcciones más alejadas del prototipo transitivo. Sin embargo, y en esto todavía no hay acuerdo en la literatura especializada, no se ha especificado cuáles de los diez parámetros que conforman la escala son más o menos importantes a la hora de acercar estas construcciones al prototipo.

De esta manera, oraciones como la de *No hay estrellas en el cielo* se muestran mucho más alejadas tanto del prototipo transitivo como del causativo al solo cumplir con un parámetro, pero qué ocurre con construcciones como *Susana sale de la habitación*, la cual cumple con 5 parámetros (B, E, F, G, H) o *Susana rompe sin querer el jarrón*, la cual cumple con 8 parámetros (A, B, C, D, F, G, H, I). En este sentido, se debate si todos los parámetros del prototipo son igual de importantes para establecer la escala de transitividad o, por el contrario, si no cumplir alguno de ellos supone exponencialmente un mayor distanciamiento. Autores como Tsunoda (1985) consideran que es la afectación (parámetro I) uno de los más importantes y que, por este motivo, oraciones como *Susana rompe sin querer el jarrón* son más transitivas que aquellas como *Susana no rompe el jarrón*. La argumentación que

se sigue es que en el primer ejemplo el jarrón ha sufrido la afectación, pero en la segunda construcción no ha sido así. No obstante, para autores como Kittilä (2005), Næss (2007, 85; 93-6) y Malchukov (2006) es la volicionalidad el parámetro que contribuye a la alta transitividad; de modo que las cláusulas con un agente involuntario reflejarán estructuralmente una transitividad semántica reducida.

Por último, los autores también expresan la necesidad de definir qué ocurre fuera del prototipo transitivo y, por tanto, causativo. Mientras que la construcción transitiva prototípica se define a menudo, la construcción intransitiva prototípica no lo está, ni en el enfoque formal ni en el funcional (Croft 1991, 255) [tab. 3.2]. Por esta razón, Malchukov (2005, 80) reconoce que la construcción intransitiva se suele definir a menudo «en términos negativos, como una cláusula que no se ajusta en términos formales y semánticos al prototipo transitivo».

Lo importante de este continuo de transitividad es que refleja cómo las dos estructuras extremas de este *continuum* (alto grado de transitividad y bajo grado de transitividad) expresan un contenido de cambio de estado, pero conceptualizado de forma distinta (Lavale-Ortiz 2013). Por una parte, la estructura transitiva describe la causa que inicia el cambio de estado, mientras que la construcción intransitiva ya no fija la atención en cómo ha dado comienzo esa acción transformativa, sino en cómo la entidad sufre ese cambio. Se produce, por tanto, una alternancia de diátesis causativa en la que tiene lugar una focalización distinta: o bien, en la causa y el proceso que realiza o bien, en el efecto y la consecuencia que padece (Talmy 1988, 61; Vázquez, Fernández, Martí 2000, 98-100; Vázquez Soto 2002, 212).

Así pues, mientras que el escenario causativo (a través de la expresión transitiva) codifica una situación dinámica de cambio de estado como consecuencia de una entidad causa, el escenario no causativo (a través de la expresión intransitiva) describe un cambio que parece tener lugar de forma espontánea. A través de esta alternancia estructural, los hablantes tienen a su disposición dos estrategias lingüísticas que les permiten representar un mismo evento de dos maneras distintas. Al utilizar diferentes formas para organizar la misma situación o escena, se producen, eso sí, diferencias en el significado expresado, las cuales dan cuenta de a qué quiere darle más importancia y a qué menos (Langacker 1991).

No obstante, aunque esta posibilidad estructural se manifiesta en casi todas las lenguas, no todas ellas utilizan esta alternancia de perspectiva representacional de la misma manera ni codifican las estructuras agentivas versus las accidentales del mismo modo (Næss 2007; Tsunoda 1991). Por este motivo, en el siguiente apartado, se muestra cómo este *continuum* transitivo universal se utiliza de diferente manera dependiendo de la tipología lingüística y de cómo la lengua de los hablantes categoriza y conceptualiza la realidad causal accidental e intencional.

### 3.2.3.2 Lenguas DO versus lenguas BECOME: dos formas distintas de expresar el accidente

Como se ha visto hasta el momento, las lenguas se sirven de este continuo transitivo-intransitivo para mostrar una diferencia conceptual fundamental en la causación lingüística: la intencionalidad y la accidentalidad del agente. Sin embargo, las lenguas difieren en cómo utilizan este continuo y, sobre todo, a qué parámetros de la escala de transitividad dan más o menos importancia. Por esta razón, los estudios tipológicos actuales han descrito y analizado cómo el estilo retórico influye en la manera de categorizar esta distinción agentiva (intencional y no intencional).

Uno de los primeros trabajos en sistematizar esta diferencia atencional fue el de Ikegami (1981; 1991). Este estudioso propuso una división escalar de lenguas en dos grupos diferenciados: (i) las lenguas DO, aquellas que dan protagonismo a lo humano codificando lingüísticamente al agente de la acción causal (sea intencional o accidental), y (ii) las lenguas BECOME, aquellas que prefieren describir un acontecimiento como si ocurriera de forma espontánea, omitiendo la mención del agente cuando el evento es accidental. Como ejemplos prototípicos de cada uno de estos dos extremos, Ikegami (1981; 1991) propone el inglés, como lengua DO, centrada en el agente y, como lengua BECOME, el japonés, centrado en la codificación del acontecimiento como un hecho espontáneo.

Estudios de corpus posteriores han mostrado cómo el uso sintáctico del continuo transitivo propuesto por Hopper, Thompson (1980) también es diferente en estos dos tipos de lenguas (Nishimitsu, Pardeshi 2010; Okuno, Cameron-Faulkner, Theakston 2020). Explicado de otro modo, las lenguas DO y BECOME se diferencian, fundamentalmente, en la posibilidad que tienen de omitir el argumento agente en las acciones accidentales (Rispoli 1987; Shibatani 1990). Y esto está relacionado, como se ha visto en el apartado 3.2.3.1, con la transitividad y la intransitividad de las construcciones causativas. En otras palabras, si la lengua no es tan proclive a omitir lingüísticamente el argumento agente, entonces será más dada a utilizar la transitividad para codificar las acciones, sean accidentales o intencionales. Si la lengua es más tendente a omitir el agente, será más probable que utilice estructuras menos transitivas y, por tanto, más intransitivas para codificar la accidentalidad (Noble et al. 2016).

A este respecto, en estudios tipológicos y experimentales (cf. Bohmeyer et al. 2010; Choi 2009; Fausey et al. 2010; Wolff 2003), se ha visto, por ejemplo, cómo la tolerancia del japonés a que los acontecimientos causales se describan de forma intransitiva es superior a la de lenguas como el inglés. En este sentido, se ha comprobado cómo esta lengua no solo tiene más tipos de verbos intransitivos,

sino también más estructuras marcadamente accidentales, lo que le permite describir más fácilmente los acontecimientos causales no intencionales. Por este motivo, se explica que sus hablantes hagan menos mención en la codificación causal accidental al agente. A esta facilidad descriptiva de la no agentividad en japonés, se suma que el inglés, aunque tiene tanto una construcción transitiva (es decir, *I drop the vase* 'Yo dejo caer el jarrón') como una construcción pasiva e intransitiva (es decir, *The vase falls* 'El jarrón cae'), no prefiere discursivamente una forma sobre la otra (Alfonso 1966; Filipović 2013a; 2018; 2021; Gibbons 2003).

En consecuencia, los hablantes de japonés son más dados a usar un lenguaje no agentivo para diferenciar los eventos accidentales de los intencionales (Choi 2009; Okuno, Cameron-Faulkner, Theakston 2020). Por esta razón, en el estudio descriptivo realizado por Fausey et al. (2010), se veía como los hablantes de japonés e inglés utilizaban un porcentaje similar de estructuras transitivas cuando el evento era intencional (un 97% del total de construcciones en ambas lenguas eran transitivas). No obstante, el porcentaje de uso era diferente cuando describían acciones accidentales: los hablantes de japonés las utilizaban un 52% de las veces y los hablantes de inglés, un 69%. Así pues, los hablantes de inglés usaban oraciones transitivas donde los hablantes de japonés preferían las intransitivas (Cameron-Faulkner, Lieven, Tomasello 2003; Valian 1991).

Junto al inglés y al japonés, Ikegami (1981) también situó en este *continuum* a otras lenguas como el alemán o el inglés antiguo. Ambas alejadas, eso sí, de los dos extremos representativos de la agentividad (el inglés) y la no agentividad (el japonés). Por ejemplo, en inglés antiguo, la única forma de decir *I made him come* 'Yo hice a él venir' era expresado de la siguiente forma: *ic dide þæt he cume*, que significaba literalmente 'Yo hice que él viniera'. La diferencia estriba en la mayor o menor potencia agentiva que tiene el sujeto de estas dos oraciones. Mientras que, en el inglés moderno, la causalidad se codifica de forma más explícita, la agentividad de la expresión en inglés antiguo es mucho más baja, porque básicamente significa 'Yo actué de tal manera que él pudiera venir', y no parece implicar una causalidad directa. Con todo, Ikegami (1981) sugirió que ni el alemán ni el inglés antiguo prefieren dar protagonismo a los seres humanos tanto como lo hace el inglés moderno.

El español no ha sido situado de momento de manera explícita dentro de este continuo. Sin embargo, estudios relativamente recientes (Fausey, Boroditsky 2011; Filipović 2007; Gibbons 2003; Ibarretxe-Antuñano 2012) apuntan que esta lengua, como el japonés, se sitúa más próxima de ser considerada una lengua BECOME. Como se mostrará en el apartado 5.1.2, sus estructuras anticausativas (como *romperse* o *destruirse*) evidencian su tendencia al uso de estructuras intransitivas para marcar la no agentividad intencional del sujeto.

En este sentido, la intención, como componente semántico, es fundamental en la descripción de los eventos causales en español, lengua que, como el japonés, no describe de igual manera la situación cuando el agente ha actuado con intención y cuando este ha actuado sin ella (véase apartado 5.1.2 para un análisis más pormenorizado). A este respecto, cabe preguntarse si todas estas diferencias discursivas pueden tener una repercusión neurolingüística en el modo en que los hablantes de español piensan los eventos causales, como se ha mostrado en otras lenguas (Yoshinari, Pardeshi, Chung 2010). De esta cuestión se ocupan el capítulo 3 y el apartado 5.1, respectivamente, donde se expondrán cuáles son los modos descriptivos que tienen a disposición estos hablantes a la hora de hablar sobre la causalidad, en general, y del español, en particular, y si esto influye en cómo los hispanohablantes piensan sobre estas acciones.

### **3.3 Codificación gestual de la causatividad**

Existe un creciente consenso en los estudios del lenguaje de que esta capacidad, en su contexto primario, es decir, cara a cara (como es el caso tanto filogenético como ontogenético), es multimodal.<sup>4</sup> Por lo que el único modo de entender el procesamiento lingüístico y cognitivo de los hablantes es a través de este concepto multiforma que hace referencia, siguiendo a Payratò (2008), a cualquier tipo de comunicación que se obtiene a partir de cualquier código, medio o canal. De esta manera, a través de él se organizan todos los elementos que potencialmente se pueden incorporar al estudio de las herramientas y técnicas que el ser humano tiene a su disposición para comunicarse, sean lingüísticas o no (véase Ibarretxe-Antuñano, Valenzuela Manzanares 2021, 213-76).

Al asumir que comunicativamente es necesario estudiar esta diversidad de herramientas y técnicas que el ser humano tiene a su disposición para comunicarse, pasan a formar parte integral de la ecuación comunicativa sistemas como el cronémico (gestión cultural del tiempo), el proxémico (distancia entre los interlocutores) o el vocal (características acústicas del sonido emitido por el emisor). Junto a ellos, se encuentra, además, el sistema kinésico, aquella modalidad comunicativa compuesta por los movimientos y posturas corporales que los hablantes ejecutan gracias a su capacidad motora.

De todos estos sistemas de comunicación integrados, el que mayor atención ha recibido, y del que se va a ocupar esta monografía, es el que atiende a los gestos o movimientos corporales, ya que se ha visto la necesidad de tratar la modalidad visual a la par que la

<sup>4</sup> Véanse, para una revisión de esta cuestión, Holler, Levinson 2019; Ibarretxe-Antuñano, Valenzuela Manzanares 2021; Özyürek 2021; Özyürek, Woll 2019.

modalidad auditiva en la explicación de cómo funciona y qué es el lenguaje (Ibarretxe-Antuñano, Valenzuela Manzanares 2021; Özyürek 2021, entre muchos otros). Los gestos se definen, siguiendo a Kendon (2004; 2014) y Müller (2017; 2018), y tomando la reinterpretación de Ibarretxe-Antuñano, Valenzuela Manzanares (2021), como elementos kinésicos que codifican la expresividad de forma deliberada, esto es, los gestos son movimientos realizados por los hablantes, generalmente, a través de su rostro y sus manos, con los que se comunica de manera intencional. De nuevo, el interés que ha despertado este tipo de comunicación se justifica por su vinculación con las estructuras orales, sobre todo, desde la publicación en 1992 del libro de David McNeill titulado *Hand and Mind*, donde se demostró que estos elementos estaban estrechamente vinculados con la cognición y el lenguaje (Goldin-Meadow, Brentari 2017; McNeill 1992; 2015; Özyürek, Woll 2019).

Aunque el estudio de ambas modalidades se establece de manera conjunta, los gestos transmiten el significado en un modo diferente al de la oralidad, particularmente, a través de la iconicidad y la proximidad espacial. Por este motivo, a través del análisis multimodal es posible estudiar qué tipo de información puede ser útil para conocer aspectos del significado que o bien no se codifican en el discurso oral o bien no se expresan tan recurrentemente o fácilmente en el habla (p. ej., el tamaño y la forma de los objetos). Sin embargo, y como ocurría también con las estrategias orales, aunque los gestos icónicos reflejan aspectos del referente de forma motivada y representacional, esto no significa que a partir de una misma acción percibida por los hablantes todas las lenguas lo codifiquen gestualmente de la misma manera.

Es más, la investigación interlingüística ha demostrado que los gestos icónicos, aquellos que representan icónicamente la información que quiere ser transmitida por el hablante, pueden tener un cometido diferente en consonancia con las diferencias tipológicas en la forma de empaquetar la información en las distintas lenguas (Kita, Özyürek 2003), y, que, por tanto, todo esto guarda relación con las estructuras sintácticas específicas que los hablantes están utilizando en la oralidad para describir dichos eventos. Por consiguiente, en el análisis gestual, hay que tener en cuenta dos cuestiones al mismo tiempo: (i) qué tipología de lengua es la que se investiga, así como (ii) qué estructura lingüística de codificación oral se está analizando en concreto en dicho contexto comunicativo para describir ese evento.

En los siguientes apartados 3.3.1 y 3.3.2, respectivamente, se expondrá, por un lado, la importancia de la tipología lingüística de las lenguas a la hora de codificar gestualmente los eventos de movimiento, en general, y del movimiento causado, en particular, y, por otro lado, cómo el punto de vista en la realización del gesto se correlaciona con las estructuras lingüísticas concretas utilizadas en una misma lengua para describir un tipo de eventos causales y no otros.

### 3.3.1 Tipología lingüística en la codificación gestual-oral de eventos de movimiento

Hasta la fecha pocos han sido los trabajos centrados en la descripción multimodal del concepto de la causalidad en general (Chan, Kelly 2021; Furman, Özyürek, Allen 2006; Furman, Özyürek, Küntay 2010). Mayoritariamente las investigaciones se han ocupado del estudio de estos elementos gestuales en relación a los eventos de movimiento en un sentido amplio, y en menor medida, a través de los eventos de movimiento causado. Además, todas las investigaciones que se han encargado del movimiento causado (escasos estudios han investigado sobre la gestualidad en los eventos causados psicológicos, como en verbos como asustar, atemorizar, enfadar) siempre lo han hecho atendiendo previamente a cómo se describen oral y gestualmente los eventos de movimiento en general, para, a partir de ellos, añadir matices tipológicos. Por esta razón, en este apartado, se expone, en primer término, qué diferencias interlingüísticas se han percibido a la hora de codificar multimodalmente los eventos de movimiento para, a continuación, presentar los trabajos que se han centrado, particularmente, en los eventos de movimiento causado.

Para ello, es fundamental atender a una de las clasificaciones tipológicas más conocidas en el ámbito de la Lingüística Cognitiva, como es la categorización de los patrones de lexicalización de Talmy (1991) en relación con la descripción oral del movimiento. Esto es debido a que, a partir de esta distinción establecida y defendida en el discurso oral, los estudios multimodales han establecido sus propias correspondencias aplicadas al análisis gestual de las lenguas.

Talmy (1991) dividió las lenguas del mundo en dos grandes grupos dependiendo de cómo estas codifican los elementos constitutivos de los eventos de movimiento: las lenguas de marco satélite y lenguas de marco verbal (Ibarretxe-Antuñano 2004). La diferencia fundamental entre ellas es que las lenguas de marco satélite (como el inglés o el alemán) suelen combinar el movimiento con la Manera, esto es, el modo en el que se desplaza la Figura aparece codificado en el verbo principal, como en el elemento *floated* en el ejemplo (3a), y codifican la información de Camino, es decir, la trayectoria del movimiento, en una partícula llamada satélite, como en *out of* en el ejemplo (3a). En cambio, las lenguas de marco verbal (como el turco, el japonés o el español) suelen combinar el Camino con el movimiento en el verbo principal, como en el verbo *salió* en (3b) y la Manera, si se menciona, se expresa en otras unidades lingüísticas, como gerundios, participios, sintagmas adverbiales o adposicionales, e incluso ideófonos, como en el gerundio *flotando* en (3b). Los ejemplos (3a) y (3b), aportados por Talmy (1985, 69-70), ilustran la codificación completa de estos componentes en función de la tipología:

## 3 • Codificación multimodal de la causalidad desde la tipología semántica

(3)	a.	<i>The bottle floated</i>		<i>out of</i>		<i>the cave</i>
		Figura	Movimiento + Manera	Camino		Base
		'La botella flotó afuera de la cueva'				
	b.	<i>La botella salió</i>		<i>de</i>		<i>la cueva flotando</i>
		Figura	Movimiento + Camino	Camino	Base	Manera

En este sentido, la Manera y el Camino pueden expresarse en el discurso o bien en una sola cláusula, como en el caso de las lenguas de marco satélite, como el inglés (*floated out of*), o bien, en dos cláusulas en las lenguas de marco verbal, como en español (salir flotando).<sup>5</sup>

Estas diferencias intertipológicas detectadas en el habla en la expresión del movimiento tienen su reflejo también en la gestualidad co-oral (Kita, Özyürek 2003; McNeill 2000; McNeill, Duncan 2000). Según la Hipótesis de la Interfaz (Kita, Özyürek 2003), la expresión gestual está doblemente influenciada por las propiedades espacio-motoras del referente y por las posibilidades de expresión verbal en la lengua hablada, tal y como predice también la teoría de Pensar para Hablar (Slobin 1991; 1996). De este modo, se puede afirmar que la forma de sincronizar la expresión de los componentes de Camino y Manera en la gestualidad también varía según la tipología de la lengua (McNeill 2000; 2009; McNeill, Duncan 2000; Özyürek et al. 2008). A este respecto, los gestos se ven influidos por dos aspectos tipológicos concretos: la cantidad de información de Manera y de Camino proporcionada en el discurso oral y el uso de o bien una única cláusula o más de una en la codificación del movimiento.

En cuanto al primer aspecto, se ha visto que, en las lenguas de marco satélite, donde el componente de Manera suele codificarse con frecuencia (pues se lexicaliza en el verbo principal), la gestualidad sirve para modular la información de Manera, ya sea enfatizándola, utilizando también un gesto de Manera (moviendo los dedos de un lado a otro imitando el movimiento de alguien corriendo) o minimizándola, coordinándola con un gesto de Camino (moviendo la mano de un extremo al otro imitando la trayectoria del desplazamiento lineal). Por otro lado, en las lenguas de marco verbal, la gestualidad, cuando describe la Manera, tiende a expandir dicha información ya que en el discurso oral no se suele describir dicho componente con tanta asiduidad. A este respecto, McNeill (2000) señaló que estas huellas de manera (*manner fogs* en inglés), gestos de Manera que no tienen correspondencia en la modalidad hablada y que tienden a sincronizarse con la información de Camino en el canal hablado, son frecuentes en la gestualidad de estos hablantes. En este sentido, en

<sup>5</sup> Para una revisión intratipológica de la descripción lingüística oral del español como lengua de marco verbal, véase Hijazo-Gascón, Ibarretxe-Antuñano 2013; Hijazo-Gascón 2021; Ibarretxe-Antuñano 2017; Ibarretxe-Antuñano, Hijazo-Gascón 2012, entre otros.

español, al ser una lengua de marco verbal, se espera que el número de piezas de información de Manera sea mayor en la gestualidad que en el habla, aunque por lo pronto no existen datos cuantitativos muy numerosos que lo evidencien.<sup>6</sup>

De estos resultados, se deduce que el análisis aislado de la producción hablada puede inducir a pensar que los hablantes de lenguas de marco satélite no focalizan el componente de Camino, o que los hablantes de lenguas de marco verbal no procesan la Manera, cuando las evidencias procedentes del análisis multimodal parecen indicar justamente lo contrario (Kita, Özyürek 2003; McNeill 2000; 2009). Por todo ello, en esta revisión, se considera fundamental estudiar no solo la información aportada por las palabras sino también por los gestos, para conocer cómo se expresan los eventos de movimiento, en particular, causado, en una lengua, como el español.

Así mismo, otra de las diferencias intertipológicas que se ha observado en la gestualidad es que los hablantes de lenguas de marco satélite (p. ej., el inglés) tienden a expresar simultáneamente la Manera y el Camino en las cláusulas habladas y en los gestos co-orales, es decir, se codifican ambos aspectos en una misma estructura verbal y en un mismo gesto; por ejemplo, *correr* [gesto de Camino + Manera] *escaleras abajo*. Por el contrario, los hablantes de lenguas de marco verbal (p. ej., el turco o el español) tienden a expresar la trayectoria y la forma de movimiento en cláusulas habladas separadas, y, por tanto, los gestos co-orales expresan también el Camino y la Manera por separado; por ejemplo, *subir* [gesto de Camino] *corriendo* [gesto de Manera]. En este sentido, los hablantes de lenguas de marco satélite son más propensos a fusionar la Manera y el Camino en los gestos, mientras que los hablantes de lenguas de marco verbal tienden a separar los dos elementos en dos gestos distintos (Gullberg, Bot, de; Volterra 2008; Kita, Özyürek 2003; Özçalışkan et al. 2016; Özyürek, Kita 1999). Esto se investigó, por ejemplo, en la expresión gestual de la Manera y el Camino en dos lenguas tipológicamente diferentes (inglés y turco) en un estudio en el que los hablantes describieron eventos de movimiento en 50 dibujos animados de *Tomato Man movies* (Özyürek, Kita, Allen 2001). Los resultados mostraron que los hablantes ingleses incluían la Manera y el Camino en un solo gesto, mientras que los turcos expresaban los dos elementos en gestos separados, por un lado, un gesto de Manera y, por otro, un gesto de Camino. Estas diferencias se repitieron con adultos de habla turca e inglesa en descripciones de 10 eventos de movimiento diferentes (Özyürek et al. 2005).

Estos hallazgos están generalmente en consonancia con la opinión de que en la generación de enunciados hay una interacción dinámica

<sup>6</sup> En contra, Furman, Özyürek, Allen 2006; Furman, Özyürek, Küntay 2010; Kita, Özyürek 2003; a favor, McNeill 2000; Peiró-Márquez, Ibarretxe-Antuñano 2021; forthcoming.

y en línea entre las representaciones lingüísticas, gestuales y espaciales de los eventos (Kita, Özyürek 2003; McNeill, Duncan 2000). De hecho, los gestos que se producen con el habla llevan la impronta de la lengua a la que acompañan incluso en ausencia de acceso a patrones gestuales nativos: los hablantes adultos congénitamente ciegos, que nunca han observado los gestos de otros, siguen estos mismos patrones específicos de la lengua en sus gestos co-orales sobre el movimiento (Özçalışkan et al. 2016).

En suma, se suele señalar que los hablantes de lenguas de marco verbal prefieren codificar gestos sobre Camino más que sobre la Manera, y cuando aparecen los dos elementos codificados se suelen separar, es decir, primero se hace el gesto que representa uno de los componentes y luego el gesto que corresponde al otro. Los hablantes de lenguas de marco satélite, sin embargo, empaquetan ambos componentes en el mismo gesto coordinándolo con el verbo principal de Manera (Kita, Özyürek 2003). Además, a la hora de gesticular sobre el Camino, los hablantes de lenguas de marco satélite, como el inglés, descomponen la trayectoria que describen en varios segmentos lineales rectos mientras que los hablantes de lenguas de marco verbal, como el español, no descomponen la trayectoria, sino que la representan a través de un todo ininterrumpido (McNeill 2009).

Así pues, en la codificación de la gestualidad en los eventos de movimiento, las diferencias interlingüísticas de las lenguas en estos dos aspectos influyen en la codificación gestual de sus hablantes, incluso desde que son pequeños y empiezan a describir acciones (Özyürek et al. 2008; Furman, Özyürek, Allen 2006; Furman Özyürek, Küntay 2010). Sin embargo, todavía se sabe poco sobre las diferencias dentro de las lenguas en la expresión del movimiento causado en un sentido multimodal. Algunos estudios preliminares que examinaban el movimiento físico de entidades animadas (p. ej., *niño entra en casa* versus *niño es empujado a la casa*; Özçalışkan, Slobin 2000) y el movimiento metafórico de entidades abstractas (p. ej., *la economía entra en recesión* versus *el desempleo empuja a la economía a la recesión*; Özçalışkan 2005) en inglés y turco sugieren que tanto los hablantes de lenguas de marco verbal como de marco satélite aumentan la información que proporcionan del componente de Manera cuando describen movimiento causado, lo que da lugar a descripciones más compactas y, al mismo tiempo, complejas estructuralmente con respecto al discurso sobre el movimiento.

Este mismo patrón se ha estudiado en otras lenguas de marco verbal en trabajos más recientes (p. ej., en francés: Hendriks, Hickmann 2015). En este sentido, se ha visto cómo las descripciones gestuales y orales de estas dos tipologías de lenguas son distintos en dos tipos de eventos conceptualmente distintos (Furman, Özyürek, Allen 2006; Furman, Özyürek, Küntay 2010). Las lenguas con marco satélite, como el inglés, codifican la acción causal en el verbo *put* 'poner'

y expresan la relación de Camino en el satélite *into* ‘a dentro’. Así, estas lenguas utilizan verbos semánticamente generales, como el verbo *put* en inglés, para expresar eventos de movimiento causado. Por el contrario, los hablantes de lenguas de marco verbal, como el caso del turco, prefieren utilizar un verbo semánticamente específico, que puede codificar tanto la acción como la relación del Camino en el verbo principal, como en el verbo *sok* ‘meter’. Eso sí, y aunque prefieren esta primera opción, también tienen la posibilidad de describir esta acción como en inglés (la acción causal en el verbo principal y el Camino en un elemento externo); en expresiones como: *içine koy* ‘poner a dentro’ = *put into*.

Estos hallazgos sugieren que los hablantes muestran diferencias dentro de la lengua en su expresión de eventos en el habla cuando los representan desde una perspectiva de movimiento causado en comparación con una perspectiva de movimiento propio. No obstante, todavía no se ha investigado tipológicamente la causalidad en general, y, si se ha hecho, ha sido atendiendo mayoritariamente a determinados eventos de movimiento causado (sobre todo, de colocación; Kopecka, Narasimhan 2012) y a la adquisición de estas estructuras orales y gestuales de niños de distintas lenguas maternas.<sup>7</sup>

Dada la escasez de investigaciones multimodales sobre el movimiento causado en adultos, todavía no se conoce exactamente el papel que desempeña la gestualidad, de manera particular, en la codificación oral del movimiento causado en diferentes idiomas. Tal vez, por este motivo, no se ha establecido un patrón de lexicalización específico que diera cuenta de los gestos co-orales que los hablantes producen al describir estas acciones causales.

### 3.3.2 Punto de vista en la codificación gestual: la (in)transitividad de los eventos de movimiento causado

Más allá de la transmisión de contenidos sobre objetos y acciones, los gestos icónicos co-orales pueden ofrecer información sobre la relación subjetiva del hablante con respecto a esos contenidos (Debreslioska et al. 2013; McNeill 1985; 1992; Parrill 2010). Desde esta perspectiva, los gestos no se estudian en relación con una tipología lingüística determinada, sino teniendo en cuenta qué significados aportan a la estrategia de descripción lingüística particular que ese hablante, dentro de todas las posibilidades lingüísticas que le ofrece su lengua, ha elegido. A continuación, se explora esta cuestión

<sup>7</sup> Cf. para el turco, Furman, Özyürek, Küntay 2010; para el inglés y el turco, Furman, Özyürek, Allen 2006; para el coreano y el inglés, Choi, Bowerman 1991; para el inglés, finlandés, alemán y ruso, por un lado, y para el hindi, español, tzeltal y turco, por otro, Slobin et al. 2011; 2014; y para el hindi y tzeltal, Narasimhan, Brown 2009.

mostrando cómo el punto de vista que toma el hablante a la hora de ejecutar los gestos puede informar sobre la interpretación más o menos agentiva de la acción causal representada por el emisor (Brentari et al. 2012; 2013; Chan, Kelly 2021; McNeill 1992).

En las últimas tres décadas se ha documentado que los gestos icónicos de un hablante añaden información cognitiva al discurso durante la producción del lenguaje, lo que permite conocer cómo dicho emisor piensa al respecto de dicho evento.<sup>8</sup> Esto significa que, además de enriquecer el contenido de las oraciones habladas, los gestos también pueden arrojar luz sobre cómo los hablantes representan sus pensamientos cognitivos con respecto a lo que están describiendo.

En esta línea, McNeill (1992) diferenció dos maneras distintas de ejecutar un gesto a través de las cuales mostrar la perspectiva subjetiva del hablante: los gestos de punto de vista del personaje (*character view point gestures*) y los gestos de punto de vista del observador (*observer view point gestures*). Estos puntos de vista se distinguen por (i) el lugar metafórico desde el que se proyecta el evento en el tiempo de la enunciación, (ii) el papel del hablante en el espacio del evento proyectado, y (iii) el tamaño del espacio del evento proyectado. De esta manera, en lo que se denomina perspectiva de personaje, el espacio del acontecimiento se proyecta en el espacio de los signos desde el punto de vista de un personaje dentro del evento. El hablante asume, por tanto, el papel de un personaje en el evento, de tal modo que al menos la cabeza y el torso del personaje están representados en su cuerpo, y el tamaño del espacio proyectado es de tamaño natural. Esto es, los hablantes que adoptan esta perspectiva representan la acción imitando lo que hace el agente protagonista de la descripción oral utilizando su cuerpo y sus manos en primera persona (p. ej., dos manos haciendo un gesto de dejar caer un objeto). En cambio, cuando se emplea la perspectiva del observador, el espacio del evento se proyecta en el espacio de los signos desde un punto de vista externo. El hablante no forma parte del acontecimiento representado, y el espacio del acontecimiento se reduce en tamaño, proyectándose en el área del espacio frente al cuerpo del emisor. Así pues, los hablantes que adoptan esta perspectiva reproducen el gesto en tercera persona, por lo que su cuerpo no imita la acción del agente, sino que a través de sus manos trazan aspectos observados desde fuera, como la trayectoria del desplazamiento del objeto o la manera del movimiento (p. ej., un puño cerrado que representa la trayectoria de la caída de un objeto).

Esta distinción de perspectivas no solo es efectiva en lenguas orales, sino también en las signadas. Como establecen Perniss, Özyürek (2008), siguiendo a Slobin et al. (2003), en estas lenguas un

<sup>8</sup> Para más información sobre la función de los gestos en la producción del lenguaje en este sentido, véase Church, Alibali, Kelly 2017.

acontecimiento se proyecta en un espacio de signos de dos formas distintas: desde la perspectiva de personaje (representando el espacio desde dentro del evento) o desde la perspectiva de observador (dando una visión global del espacio del evento desde un punto de vista externo). Así pues, estos hablantes construyen puntos de vista de dos maneras principales: a través de lo que se denomina construcciones de entidades y construcciones de manejadores (véase para una revisión general de este aspecto, Cormier, Smith, Sevcikova 2013). Las construcciones de entidad representan las características físicas de un objeto (p. ej., una V al revés con los dedos para indicar piernas bípedas) mientras que las construcciones de manejador representan la manera en que un objeto es manipulado (p. ej., dos manos sosteniendo y pasando una página para representar el sustantivo periódico). Estos dos tipos de estructuras, por ende, parecen codificarse de manera similar en las lenguas orales a través del punto de vista del observador y el punto de vista del personaje de los gestos co-orales.

De este modo, estas dos perspectivas, que en principio puede parecer que se usan de forma indistinta en las lenguas orales, en realidad, se relacionan discursivamente con dos aspectos (Brentari et al. 2012; 2013; Chan, Kelly 2021; Church et al. 1989; McNeill 1992): (i) una vinculación pragmática con dos tipos diferentes de información discursiva (temática y remática) y (ii) una interpretación vinculada con la alternancia semántica y sintáctica transitiva e intransitiva que influye en la interpretación cognitiva de quién hizo qué con los objetos y las acciones representadas.

En primer lugar, estas dos perspectivas se relacionan pragmáticamente con o bien la información temática o bien con la información remática (Church et al. 1989). Se establece, por tanto, que, para aquella información crucial y central, que temáticamente continúa la conversación, el hablante prefiere utilizar la perspectiva de personaje; mientras que, para la información periférica, aquella que describe y no incorpora nueva información, se prefiere la perspectiva del observador. Sin embargo, esta cuestión no se ha estudiado más allá del ámbito del análisis del discurso, por lo que no se puede establecer si realmente en el procesamiento (de producción y de comprensión) estos gestos siguen esta dicotomía tan tajante pragmáticamente hablando.

En segundo lugar, y aplicado a la alternancia transitiva-intransitiva de las lenguas, se ha visto cómo esta elección del punto de vista representacional de los gestos no es aleatoria, sino que está ligada al uso de estructuras más o menos agentivas. Este aspecto se ha investigado mayoritariamente en las lenguas de signos (para una revisión, véase Stec 2012). Estas, al igual que en las lenguas orales, describen eventos de manera transitiva e intransitiva, y para ello, suelen utilizar esta alternancia de perspectiva. De este modo, se sirven de estructuras de manejo (perspectiva de personaje) para aquellas acciones de las que quieren representar su contenido de forma transitiva y activa,

mientras que, para representar acciones intransitivas, se sirven de estructuras de entidad (perspectiva de observador) con el objetivo de establecer movimiento autónomo, pero no causativo.

A este respecto, estudios como el de Brentari et al. (2012; 2013) mostraron, en concreto, en la lengua de signos americana (ASL) y la lengua de signos italiana (LIS), que las formas de la mano de manipulación (aquellas que representan cómo se manejan o manipulan los objetos) y las formas de mano de objeto (aquellas que representan la clase, el tamaño o la forma de los objetos) expresaban una distinción semántica y sintáctica de agentividad: las primeras se utilizaban en las descripciones de eventos agentivos y las segundas, en las descripciones de eventos no agentivos. Además, en este trabajo, se compararon las producciones de estas dos lenguas de signos con las descripciones gestuales de hablantes no signantes. En los gestos silenciosos que realizaron estos participantes de control también se encontró esta distinción. Esto es, cuando estos hablantes tenían que reproducir un evento agentivo como empujar a una persona, preferían utilizar gestos silenciosos de manipulación (su mano representaba la acción), y cuando se les mostraban acciones no agentivas, como caerse o romperse, su mano representaba el objeto y no tanto la acción que había desencadenado esta situación. Lo más llamativo, por tanto, fue que ninguno de los participantes (signantes y gesticuladores) produjo un patrón opuesto al esperado (es decir, punto de vista de personaje asociados a las descripciones no-agentivas y punto de vista de observador asociados a las agentivas).

Retomando los gestos co-orales que emiten los hablantes no signantes, también se ha visto que la manera de marcar la agentividad a través de las estructuras lingüísticas orales (véanse, en apartado 3.2.3.2, Fausey et al. 2010; Fausey, Boroditsky 2010) se combina con la alternancia de la agencia gestual. Así pues, se ha comprobado, sobre todo en lengua inglesa (Chan, Kelly 2021; Church et al. 1989), que los angloparlantes reproducen gestos en perspectiva de personaje con oraciones transitivas y la perspectiva del observador con estructuras intransitivas (en concreto con verbos estativos, así como con dobles cláusulas).

De hecho, estudios recientes (Chan, Kelly 2021; Debreslioska et al. 2013; Parrill 2010) han expuesto que las diferencias en los puntos de vista gestuales se alinean con las diferencias lingüísticas en la agentividad: (i) los gestos de punto de vista del personaje suelen ir acompañados principalmente por oraciones transitivas (p. ej., estructuras como *I dropped the vase* ‘yo dejé caer el jarrón’ seguidos de gestos en los que las dos manos presenten la acción de soltar un objeto); y (ii) los gestos del punto de vista del objeto suelen hacerlo con oraciones intransitivas (p. ej., la estructura *The vase dropped* ‘el jarrón se cayó’, mientras se cierra el puño y se mueve hacia abajo representando la trayectoria de la caída del objeto).

De este modo, los gestos también pueden ser clasificados dependiendo de su grado de agentividad (Debreslioska et al. 2013; McNeill 1985; 1992; Parrill 2010). Los gestos con un alto nivel de agencia son aquellos enfocados a través del punto de vista del personaje, ya que muestran explícitamente a un agente llevando a cabo la acción y, por lo tanto, son coherentes con el discurso transitivo que también tiene un alto nivel de agentividad. Los de baja agencia, por su parte, son aquellos establecidos a través del punto de vista del observador, ya que transmiten el movimiento de un objeto sin ninguna referencia al agente y, por tanto, son más coherentes con el discurso de baja agencia, esto es, verbos estativos, intransitivos...

Sin embargo, este correlato agentivo no se ha probado experimentalmente todavía. Al menos, no desde la perspectiva psico-neurolingüística de los hablantes en cuestión. No obstante, sí que se ha llevado a cabo un estudio reciente de Chan, Kelly (2021) sobre cómo se interpretan estos gestos de distintas perspectivas por parte del receptor. Así pues, estos autores, partiendo de las observaciones de McNeill (1985) sobre el punto de vista gestual en la producción del lenguaje, han visto cómo los oyentes tienen en cuenta los puntos de vista gestuales junto con el habla a la hora de formarse juicios y recordar detalles sobre quién hizo qué a los objetos del mundo. De este modo, las pistas multimodales obtenidas tanto del habla como de los gestos ocupan un lugar destacado en la forma en que los oyentes construyen un relato completo de los acontecimientos que se les comunican.

En concreto, en su estudio, Chan, Kelly (2021) muestran que el punto de vista gestual tiene su correlato en la atribución de responsabilidad causal de los oyentes que perciben dichos gestos, los cuales actúan como *priming*, y también en el mayor o menor recuerdo de estas acciones. Estos resultados se comentarán en más detalle en el apartado 4.4.2, destinado a la relación de esta codificación multimodal de la causalidad y sus respectivas consecuencias conceptuales, que manifiestan de manera evidente la relación entre el lenguaje y la cognición, en general, y su vinculación con la agencia causal y las estructuras (in)transitivas, en particular.

En conclusión, en este apartado, se ha visto cómo los gestos son capaces no solo de transmitir el contenido representacional de los acontecimientos, sino también de revelar la perspectiva enunciativa, psicológica y conceptual del hablante con respeto a su descripción. En el siguiente capítulo, se deja a un lado la codificación lingüística de la causalidad desde una perspectiva tipológica, y se presentan los hallazgos más relevantes en relación con cómo los seres humanos piensan, conceptualizan y procesan la causalidad, atendiendo a tres posibles factores influyentes: la psicología del individuo, la cultura o la lengua.